

Aberración estelar

ABERRACIÓN ESTELAR

Gilbert Sorrentino

Traducción de Ce Santiago

UNDERWOOD

Título original: *Aberration of Starlight*

© Gilbert Sorrentino, 1980

Novela publicada originalmente por Random House (1980)

Primera edición en UNDERWOOD: abril de 2018

© de la traducción: Ce Santiago, 2018

© de *Amo profanum vulgus*: Javier López González

© de esta edición: Y POR QUÉ NO UNDERWOOD, S. L., 2018

underwood.es

editorial@underwood.es

Dirección editorial: Fernando Peña Merino

Revisión filológica, revisión organoléptica, pequeña música: Javier López González,

Ce Santiago y Fernando Peña Merino

Diseño: Raúl Lázaro | escueladecebras.com

ISBN: 978-84-945799-3-6

Depósito legal: M-9560-2018

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas, s. a. u.

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo del editor.

Amo profanum vulgus. Un insultario y mucha chicha sicalíptica.

El novelón que el lector tiene en sus manos presenta una estructura muy cuidada y juguetona. Cuatro perspectivas diferentes de un mismo fresco familiar (con un niño, la madre, el amante y un abuelo tiránico, amén de espantajo amargado, pero ceremonioso), cada una de las cuales se despabila en diez formas narrativas bien alborotadas. Este *elige tu propia desventura* de 4x10 vericuetos narra y desbarra la vulgaridad del común de los mortales a sabiendas de que es ahí y no en otro lugar donde se revela el misterio, con todo su incienso de sexo, muerte y frustración. Un misterio que da a Sorrentino la oportunidad de entregarse a la distorsión, el ridículo y el equívoco. Una entrega licenciosa con un lenguaje que se place en la «exfoliación de las cosas»; de ahí la carta blanca para las listas y las digresiones. Como todo folletín que se precie, va de amores y odios; los personajes vuelcan aquéllos —los amores— en los desahogos de la carne profana, y éstos —los odios—, en insultos y sambenitos con que las buenas gentes suelen bautizar sus estereotipos. Así, *Mick* valdrá despectivamente para hablar de todos los irlandeses (por lo habitual de los apellidos que empiezan por Mc o Mac, pero también porque parece una onomatopeya del hipo de borrachuzos); *Dago* nombrará indistintamente a españoles, italianos y portugueses (aunque

provenza del nombre supuestamente muy común, Diego, se ha optado por *zutano*, para subrayar que se habla de un *cualquiera* con saña canalla). El mote *greaseball* (*bolapringue* en esta traducción) se apoya en la nunca suficientemente contrastada costumbre de los italianos, o de sus franquicias en el nuevo mundo, de acicalarse en extremo recurriendo a todo tipo de ceras y aceites para sus repeinados. Finalmente, *wop* (posiblemente provenza del *guappo* napolitano, y éste, claro está, de nuestro *guapo*) alude, con muy poco espíritu cristiano, a la fama, mala, de bravucón y ensobrecido rufián que se atribuye a cualquier tano bien atildado. Descontando sin éxito esa infundia, no hemos podido menos que optar por *chuloputas*.

Javier López González

A Jack O'Brien

Aberración estelar... La trayectoria real que sigue la luz de una estrella hasta el observador describe una línea recta desde la estrella hasta aquél; pero, debido a la componente de la velocidad del observador en una dirección perpendicular a dicha trayectoria, la luz parece recorrer un camino con una ligera desviación angular respecto a la verdadera posición de la estrella.

The New Columbia Encyclopedia

¿Quién no escribe una carta?
¿Quién no habla de un asunto muy importante,
muriendo de costumbre y llorando de oído?

César Vallejo

Nunca igualan a sus destinos
Tan indecisos como hojas muertas

Guillaume Apollinaire

Si bien nuestra información es falsa, no respondemos de ella.

Erik Satie

BILLY

Hay una fotografía del chico a los diez años de edad. Mira directamente a la cámara, sosteniendo una gatita como para que la inspeccionemos, la mano derecha en el pescuezo, la izquierda por debajo del cuerpo, soportando el peso del animal. El sol refulge y él nos guiña, sonriendo, los dientes blancos e igualados demasiado grandes para su pequeño rostro. Al estar entornado no podemos ver que su ojo izquierdo bizquea. Tras él quedan las aristas y los planos de unos edificios agrícolas de un rojo apagado, aguado, y las amplias sombras que éstos arrojan sobre la tierra. A la sombra de un granero descansa una joven ternera frisona que también nos mira directamente; aunque no podamos verlas debido a la distancia que separa al animal del fotógrafo anónimo, las moscas se arremolinan y se posan, se elevan, se arremolinan y se posan en torno a sus ojos pacíficos. La gatita es rayada; sus ojos, hendiduras a pleno sol.

El chico tiene el pelo negro y recién peinado, reluciente por una brillantina conocida como aceite de rosa que le regaló Tom Thebus, se la compró en el todo a cinco centavos de Hackettstown. Para el chico, este líquido rosado oscuro, casi cereza, de olor distinto al de ninguna rosa jamás cultivada sobre la faz de la tierra,

es una manifestación palpable de un mundo de belleza y placer. Un mundo en el que su madre será feliz. Un mundo en el que el recuerdo de su abuela muerta se disipará sutilmente en mentiras sobre su bondad. Un mundo en el que su abuelo será, para siempre, el caballero de serenidad arrogante y seguro de sí mismo que es cuando juega al croquet.

El césped mullido y suave del campo de croquet, que colinda con la granja de paredes blancas situada a cien metros de distancia, no es visible en la fotografía, pero el chico quizás alcance a ver un rincón, y en tumbonas de madera en ese rincón, bajo la densa sombra de los magnolios, a su madre y a Tom Thebus, éste con el pelo brillante gracias al mismo aceite de rosa que lleva el chico. El humo blanco de su pipa se eleva en el aire manso de media mañana.

Se podría decir que el chico ha quedado detenido en un momento de felicidad, si bien las fotografías, por excluirlo todo salvo la décima de segundo en que se toman, mienten siempre. Aun así las miramos, las urgimos a que nos entreguen sus verdades; en ésta uno querría poder ver atrapado para siempre en los ojos del chico el reflejo del fotógrafo, para saber si esa sombra irregular, que mancha la gravilla junto al cobertizo donde se mantiene fresca la leche, la arroja Louis Stelkamp, el propietario de esta granja, para ver no sólo lo que hay detrás del chico, sino lo que hay frente a él. Tal vez las tumbonas estén vacías.

Tal vez la sonrisa del chico se deba al hecho de que el fotógrafo es Tom Thebus, y de que a su lado se encuentra, con un holgado traje verde claro de pantalón y cha-

queta que realza su pelo rubio, su madre. Si esto es así puede que un instante después de que se tome la fotografía la sonrisa del chico desaparezca, pues en ese rincón del campo de croquet, sólo visible para él, distingue la figura de su abuelo, con camisa blanca y pantalones a cuadros, un mazo de croquet sobre el hombro derecho, quieto y mirándolos, tenso por el rencor. El humo blanco de su cigarrillo se eleva en el aire manso de media mañana hasta que una brisa irregular lo deshace y lo dispersa.

Querido Danny:

¿Cómo estás? ¿Hace calor en la ciudad? Yo estoy bien. Iba a escribir esta carta antes pero tuve que esperar hasta que pude conseguir sellos en Hacketstown cuando vamos los viernes por la noche. Es divertido porque vamos a la tienda de todo a 5 y luego damos un paseo y luego vamos a la Casa Warren que es de un tío que se llama Dave Warren y el tío va a casarse con Eleanor Stellkamp que su madre y su padre son los dueños de este sitio. Eleanor es bastante fea pero es simpática. Tienen almejas y yo me pido un zumo de naranja y tocan polcas. Y tienen patatas fritas. Seguro que en la ciudad hace calor. Por aquí también empieza a hacer calor. Vamos a un lago, el Lago Bud o a un río pequeño que llaman la esclusa todos los días. Ha venido un hombre este verano que se llama Tom y es genial. Nos lleva en coche casi siempre y ayer me senté en el asiento que va por fuera con una chica que está aquí este verano también. Nunca me había sentado en un asiento así antes. Una cosa curiosa es que aquí tienen leche para la cena que todavía está caliente. De las vacas. Bueno tengo que lavarme, para la cena. El tipo este Tom me hizo un tirachinas y

voy a probarlo después de la cena en el prado. Espero que te encuentres bien y dile Hola a tus padres.

Tu viejo colega y nos vemos pronto,

Billy